

El vodú: creencias y supersticiones

Mientras el mundo da la vuelta a otro siglo, Hispanoamérica conserva la memoria viva de sus visiones y leyendas. Hay una presencia y vigencia de mitos cuyos orígenes se han perdido en el tiempo o en alguna encrucijada de la historia, que subsisten desperdigados por toda la geografía continental.

En este mundo mágico la presencia africana traída al Nuevo Mundo con la mano de obra esclava es aplastante en el Caribe, favorecida por la casi total desaparición de los aborígenes. No obstante, el contacto con el hombre europeo y el trasiego de influencias y razas crearon en estas tierras una cultura y un hombre mestizo con un peculiar trasfondo filosófico y religioso que se refleja en las demás manifestaciones de la vida de estos pueblos.

Entre los habitantes del Caribe es un hecho cotidiano venerar a los dioses derramando un poco de aguardiente de caña o limpiar la casa con trozos de hielo para alejar las malas influencias. Si se les pregunta el por qué de este comportamiento seguramente dirán que así lo ordenan los santos, pero pocos sabrán que muchas de las reglas que rigen sus vidas responden a rituales traídos a estas tierras hace cuatro siglos.

De África llegó la «picardía» de apoderarse de un difunto para que sea nuestro socio. El muerto cierra un pacto con el vivo y hace todo lo que éste le ordena. Entre el monte y el cementerio, siempre en luna nueva o llena, se mueven los brujos de esa llamada Isla Mágica que es La Española, preparando brebajes, creando y rompiendo maleficios.

De Europa llegaron los amuletos y talismanes. Reliquias, escapularios, medallas y oraciones, junto con la tradición cristiana de los santos milagrosos, son los protectores imprescindibles para los creyentes de las religiones afroamericanas que, en muchas ocasiones, viven en una realidad supeditada a la magia y la leyenda.

En el vodú, la religión popular haitiana, el *hungan* preside el rito: bebe y escupe aguardiente de caña y, ayudado de una antorcha, forma una bola de fuego. Después de que se ha «cumplido» frente al altar de los santos cristianos con un rosario cantado toca el turno a las deidades africanas. Los danzantes cambian sus trajes blancos, símbolos de pureza, por otros más oscuros y se deja sentir el tambor, mientras se sacrifica un animal. Misterio. Comienza la ceremonia.

Los orígenes africanos

El vodú es la religión popular de Haití, patrimonio de la gran masa de campesinos, que suman alrededor del noventa por ciento de la población del país. Las 141 divinidades que conforman el culto del vodú llegaron al Nuevo Mundo, entre los siglos XVI y XIX, a través del comercio de esclavos africanos, en su mayoría dahomeyanos que trabajaban en las plantaciones de caña en la excolonia francesa, aunque numerosos elementos católicos han sido incorporados a su sistema de creencias.

Contrariamente a lo que se piensa, el vodú no es patrimonio exclusivo de Haití, sino que lo comparte con su vecina República Dominicana, con algunas diferencias, debido a los elementos raciales y culturales que intervienen en el mestizaje de ambas naciones.

Para entender los orígenes del vodú, es necesario detenernos en la religión dahomeyana, la etnia africana que llegó en mayor número a La Española y que conformó su religión y cultura. El nombre de esta religión se deriva de la palabra vodú, de origen *fon*, el principal grupo lingüístico de Dahomey, que quiere decir dios, fetiche; aunque el vodú no es la religión de Dahomey, sino el apelativo que en ese reino se da a las deidades creadas por la pareja primigenia de dioses Mawu-Lisa.

Los dahomeyanos consideran que en el principio del mundo existía una deidad suprema doble, Mawu-Lisa, de cuya unión nacieron las distintas divinidades o espíritus, los vodú, intermediarios entre ésta y los mortales. Esta pareja se relaciona con dos cuerpos celestes: Mawu, la Luna, es hembra, representa la noche y el principio de la fecundidad; y Lisa, el Sol, varón, es el día, la fuerza y el espíritu guerrero.

A partir de esta pareja se desgrana un sin número de deidades o vodús que gobiernan el mundo y sus poderes y castigos son temidos por los humanos, hasta el punto de tener que rendirles culto. El último vodú procreado por la pareja primigenia es Legbá, a quien se considera observador e intérprete de sus hermanos. Con el nacimiento del culto haitiano, el vocablo vodú pasó de su significado original de deidad a designar todo el

sistema de creencias y prácticas mágico-religiosas, cuyas principales divinidades pertenecen a los panteones de los grupos étnicos africanos *fon* y *yoruba*.

El surgimiento del vodú

La historia del vodú esta indisolublemente relacionada con el proceso de formación del pueblo haitiano y se remonta a la época de la llegada de los primeros esclavos a la parte occidental de La Española.

Según un informe oficial de 1789, llegaban anualmente del reino de Dahomey a esta colonia, de seis a ocho mil esclavos, lo que explica que sobrevivieran las estructuras religiosas de los dahomeyanos por encima de las demás culturas africanas. La llegada masiva de esclavos se sitúa alrededor de 1664. Un recuento en cifras arroja que en la primera mitad del siglo XVI la población negra en La Española era tan numerosa respecto a la blanca, que según algunos cálculos de cronistas de la época las cantidades oscilaban entre 20.000 y 30.000 esclavos y sólo 1.200 vecinos. La misma proporción se mantiene a lo largo del siguiente siglo,. De acuerdo con un censo de 1681, la colonia tenía 6.312 habitantes, de los cuales 1.106 eran esclavos, 2.729 negros y mulatos libres, y el resto blancos.

El culto vodú debió comenzar a tomar forma hacia mediados del siglo XVIII, período en que se comienzan a cimentar, en general, las distintas concepciones sincréticas. Después de un largo proceso de sobrevivencia, es cuando ya se puede diferenciar en estos cultos y danzas una religión con un cuerpo sacerdotal organizado jerárquicamente, una comunidad de creyentes, templos y ceremonias.

Los africanos trasplantados al Nuevo Mundo en calidad de esclavos manifestaron constantemente su resistencia a las condiciones de vida que se les imponían. La práctica más generalizada era la del cimarronaje, es decir, huían a los montes en busca de libertad. Los cimarrones solían refugiarse en las sierras del Baoruco, donde establecían comunidades libres, llamadas *manieles* o *cumbes*, una especie de gobiernos negros, cuya principal característica era la vuelta a las costumbres tribales, y se agrupaban en base a la misma etnia o, en un marco más amplio, de acuerdo al área cultural africana de origen.

La permanencia de los ritos ancestrales en estas nuevas comunidades de africanos en América, parece estar reforzada por la presencia, dentro de la masa de esclavos, de sacerdotes y antiguos guerreros, especialistas en los cultos ancestrales y en las divinidades nativas que garantizaban la protección de las fuerzas sobrenaturales en la nueva geografía. De manera

que al reconstruir su marco religioso, los esclavos transmitieron a sus descendientes las creencias y prácticas originales, enriquecidas con deidades de otros grupos étnicos africanos, las aportaciones propias de los haitianos y elementos tomados del cristianismo. A esto se debe la formación del vodú, como una religión de carácter sincrético.

La práctica del cimarronaje no fue el único medio que permitió la supervivencia del pasado tribal. La población negra de los ingenios era numerosa y tendía a agruparse por etnias para entenderse mejor y poder preservar sus costumbres a la hora de las festividades, cuando se les permitía rememorar los ritos.

A partir del siglo XVIII, comienza el declive de la economía azucarera con la consiguiente concentración de negros libres y esclavos en las ciudades, hecho que no interrumpió el proceso de integración de éstos a la nueva sociedad, sino que propició el reforzamiento de las costumbres ancestrales. Por primera vez, los antiguos esclavos tenían oportunidad de gozar de la libertad de la que carecían en los ingenios y haciendas. Podían reunirse en los centros urbanos, en las casas de los negros libres, y organizar ceremonias y demás actividades de culto, lejos de la mirada reprobatoria del amo.

Otro aspecto concluyente es la creación de cofradías, en las que se agrupaban en tribus, bajo la protección de un santo cristiano cuya festividad se celebraba con procesiones y danzas, lo que se convirtió en un factor de primer orden en el mantenimiento de valores y actitudes que aún hoy se conservan, aunque alterados.

La ceremonia ritual

El vodú no es una religión anquilosada con creencias arcanas inamovibles, sino que los creyentes voduistas aceptan la existencia de numerosas divinidades y espíritus, algunos de los cuales no tienen procedencia africana. Todos los seres sobrenaturales reciben el apelativo de *loa*, sean estos, santos, ángeles o espíritus. Estos *loas* se clasifican de diferentes formas, de acuerdo con su origen geográfico o tribal.

Una característica típica del culto voduista es que los *loas* africanos comparten culto con divinidades criollas o extranjeras, en una continua creación de «santos». Ocurre que, en ocasiones, un *loa* desconocido se posesiona de un fiel y entonces pasa a formar parte del culto, y asimismo la muerte de un sacerdote poderoso lo convierte en una divinidad.

En general, los *loa* se clasifican en dos grandes categorías: *rada* y *petro*. El primero designa todos los «misterios» dahomeyanos que los voduistas con-

sideran «dulces» y «suaves»; el caso contrario, los petro, son vistos como «amargos», «ásperos» y «agudos» y se usan para manipulaciones mágicas.

Los encargados de establecer el diálogo entre los fieles y los *loa* son los sacerdotes o sacerdotisas del vodú, denominados *hungan* o *papa-loa* en el caso de los hombres y *mambo* o *mama-loa*, en el de las mujeres.

La selección de una u otra persona como sacerdote del culto voduista es interpretada como un llamado o una elección sobrenatural, es decir que lo elige directamente el *loa* para ponerlo a su servicio. El medio que supuestamente utiliza el *loa* para dar a conocer sus órdenes es la posesión de cualquier fiel o un sueño simbólico. Igualmente, la práctica de este sacerdocio puede ser de carácter hereditario, cuando el padre trasmite a su descendencia los secretos de la profesión. Para llegar a ejercer de sacerdote se exige a los candidatos pasar un período de iniciación, en el que se les somete a rigurosas pruebas.

Los auxiliares del sacerdote voduista se llaman *hunsi*, un vocablo de origen africano que significa «esposa del dios», aunque se trata indistintamente de hombres y mujeres. Estos *hunsi* establecen una especie de hermandad consagrada al culto de los *loa*, y se encargan de preparar los alimentos o limpiar el templo. Otros personajes que forman parte de la ceremonia son el *hunguenikon* o «jefe de bodega», que se encarga de las ofrendas; el *la-plaza*, maestro de ceremonias; el «confianza», que es el brazo derecho del sacerdote; y la «bestia de carga» o intendente, ocupado de los detalles materiales de la administración del santuario.

Estos auxiliares del culto, junto con los adeptos y tamborileros, forman la sociedad *humfo*, la organización social típica del pueblo haitiano. Las ceremonias del culto se celebran en santuarios llamados *humfo*, *caye-mister*, *bagui* o *sabadyi*, que comprenden varias piezas o chozas con un tamaño que depende de los medios económicos de la sociedad. Cada local puede ser consagrado a un *loa* o a un grupo de divinidades.

Los *humfo* son construcciones típicas que se diferencian de las casas comunes por el cobertizo abierto y techado sostenido por varios postes, de forma rectangular, donde se desarrollan las ceremonias. Uno de estos postes tiene carácter sagrado, el «poste-central» o *poteau-mitan*, que es el eje de los rituales, considerado como el punto medio del cielo en su cúspide y del infierno en su base.

Al fondo de las piezas que conforman el santuario se ubica el altar o *pe*, palabra que se deriva del término dahomeyano *kpe*, que significa piedra. Sobre este *pe* se colocan los objetos rituales: platos, cántaros, botellas, piedras y ofrendas.

Otro local característico de la ceremonia voduista es el denominado *djevo*, donde se encierra a los iniciados. Representa una especie de tumba